

EN BUSCA DE LA ALIANZA PERDIDA: INTERCONEXIONES ENTRE GEORGE ELIOT Y EDITH WHARTON

Teresa Gómez Reus
Universidad de Alicante

*In Eden Females sleep the winter in soft veils
Woven by their own hands to hide them in the darksome grave.
But males immortal live renewed by female deaths.*

William Blake

Esta ponencia explora paralelismos literarios entre George Eliot y Edith Wharton, especialmente las coincidencias en el tratamiento de la autoinmolación femenina y en la figura de la mujer abnegada. Aunque el tema es extenso y riquísimo por lo poco explorado, este trabajo se centra específicamente en *Middlemarch*, contrastando el personaje de Dorothea con la protagonista de un cuento poco conocido de Edith Wharton, «The Angel at the Grave».

Intentar analizar concomitancias entre estas dos autoras puede parecer una labor forzada por cuanto Edith Wharton ha pasado a la historia de la literatura casi exclusivamente como discípula de Henry James. La crítica reciente, sin embargo, no sólo ha desechado esta angosta etiqueta sino que ha proporcionado claves interpretativas para considerar a Edith Wharton parte integrante de una subcorriente literaria femenina en la que, según Elaine Showalter¹, coinciden escritoras aparentemente desligadas entre sí.

La propia Edith Wharton habría de proporcionar algunas claves de adhesión a esa tradición sumergida de las letras femeninas, manifestando en repetidas ocasiones su admiración por escritoras como George Sand, Hortense Allart, Anna de Noailles, Jane Austin y George Eliot. Estas predilecciones literarias arrojan luz nueva sobre una escritora de la que se ha dicho que odiaba a las mujeres² y cuya figura, como he comentado anteriormente, se ha visto oscurecida bajo la sombra de Henry James. Para su biógrafo

¹ Elaine Showalter, *A Literature of their Own* (London: Virago Press, 1978).

² Parte de esta leyenda fue difundida originalmente por Blake Nevius, *Edith Wharton: A Study of her Fiction* (Berkeley: University of California Press, 1953). En la actualidad, la imagen de Edith Wharton como escritora profundamente antipática con el sexo femenino todavía continúa. A este respecto, véase los comentarios de Janet Malcolm en *Edith Wharton Newsletter*, 5 (2), Falla, 1988, p. 5, y la ponencia de Cynthia G. Wolff, «Does Edith Wharton Hate Women and if She Doesn't, Why Do We Ask?», Special Session of the Edith Wharton Society. *MLA Convention Papers on Edith Wharton*. San Francisco, 1987.

R.W.B. Lewis, esta simpatía de Edith Wharton por mujeres de talento y vidas irregulares se interpreta como una extrapolación de su propia situación: sabido es que Wharton tuvo una vida afectiva difícil, por lo que es probable que parte de su admiración por estas escritoras obedeciera a un secreto impulso de identificación personal. Por lo que respecta a George Eliot, existen concomitancias con Edith Wharton que vale la pena traer a colación: su compartido entusiasmo por la cultura alemana, su interés por la ciencia y por los fenómenos telepáticos, el carácter marginal de su vida personal e, incluso, la anecdótica coincidencia que Henry James llamara a Edith Wharton «The Angel of Devastation», un nombre que evoca estrechamente ese otro «Angel of Destruction» que Eliot utilizó ocasionalmente para firmar sus escritos. También resulta significativa una reseña de Edith Wharton sobre la biografía de Leslie Stephen, George Eliot. En ella, Wharton la defendía de ciertos ataques en los que se la acusaba de inmiscuirse en campos, como la ciencia, poco apropiados a su carrera literaria. El reproche de Wharton iba dirigido a aquellos críticos que reprobaban en Eliot lo que escritores como Milton o Goethe también hicieron. «It is because these men were men, while George Eliot was a woman, that she is thus reprov'd for venturing on grounds they did not fear to tread?», se preguntó³.

«The Angel at the Grave» exhibe elementos paralelos a los utilizados en la relación Dorothea-Casaubon en *Middlemarch* para exponer una réplica crítico-irónica a la figura del ángel del hogar. Pauline Anson, nieta de un escritor trascendentalista, es llamada a servir de custodia de la obra de su abuelo. La más altruista e inteligente de una familia de mujeres, a Pauline se le reserva el gran honor de convertirse en «the guardian of the family temple»⁴, lo que implica ofrendar su vida en aras a la preservación de la casa y la obra del genio para la posteridad.

La historia, que cubre toda la vida adulta de Pauline, registra las distintas claudicaciones que ésta tiene que hacer para convertirse en el ángel guardián de la casa y de las ideas de su abuelo. Su inmolación altruista recuerda la de Dorothea, ofrendada en matrimonio a un pensador sexagenario del que espera «would deliver her from her girlish subjection... and give her the freedom of voluntary submission to a guide who would take her along the grandest path»⁵. El lenguaje en ambas obras nos trae a la mente la parábola de las vírgenes sensatas para reforzar el carácter extremo, casi sacro, que reviste su inmolación. En el cuento de Edith Wharton, la casa —siem-

³ Edith Wharton, «Review of *George Eliot* by Leslie Stephen», *Bookman*, May 15, 1902, pp. 243-52.

⁴ Edith Wharton, «The Angel at the Grave», *Crucial Instances* (1901), en R.W.B. Lewis, ed., *The Collected Short Stories of Edith Wharton* (New York: Scribner's Sons, 1968), Vol., 1, p. 247. Las referencias subsiguientes irán anotadas en el texto y se referirán a esta edición.

⁵ George Eliot, *Middlemarch* (London: Penguin Classics, 1965), p. 51. Las siguientes referencias irán anotadas en el texto y se referirán a esta edición.

pre con mayúsculas— es «the temple» donde Pauline, «his young priestess», actúa «as the interpreter of the oracle» («Angel» 248). Paralelamente, en la obra de George Eliot, Dorothea se visiona a sí misma como «a lamp-holder» (*Middlemarch* 40) «a neophyte about to enter on a higher grade of initiation» (67). Su tarea, al igual que la de Pauline, se asume «as a sacred duty» (*Middlemarch* 89 y «Angel» 251), y su presencia en ambos casos es la luz que alumbra la actividad del hombre, convirtiéndose en esa figura angélica que Coventry Patmore inmortalizó en su poema *The Angel of the House*.

A través de esta imaginería tanto George Eliot como Edith Wharton conectan con los valores de una época que veneraba un modelo de mujer de una abnegación sublime. Ambas escritoras, sin embargo, van a dar la vuelta a esta imagen ideal para presentarnos el aspecto dramático de vivir una existencia vicaria. Después de dedicar largos años de esfuerzo a escribir la biografía de su abuelo, Pauline se entera que las ideas de éste ya no interesan y que la obra no se va a editar. El manuscrito en el que había depositado «all her youth, all her dreams, all her renunciations» («Angel» 250) se visiona ahora como «a dead bundle» y Pauline experimenta el horror de un sacrificio inútil. La escisión profunda por donde transita su imagen de lo angélico ofrece un claro paralelismo con la opresión de Dorothea, sacrificada a las realidades de un matrimonio emocionalmente estéril y a una obra de la que descubre no entraña ningún valor.

Las densas imágenes de parálisis y muerte que se concentran en ambas obras sintetizan una visión devastadora del sacrificio humano. En *Middlemarch*, en lugar de los horizontes de promisión esperados, Dorothea no halla sino «ante-rooms and winding passages which seemed to lead nowhither» (228). Como las hijas de Milton, Dorothea había aprendido a leer los signos griegos para ayudar al escritor, pero se trata de una actividad mecánica e incomprensible, que no le aporta visión. En calidad de guardián de la biblioteca paterna, Dorothea no puede leer los textos: son volúmenes muertos en un espacio muerto. Y en lugar de trabajo «which would be directly beneficent like the sunshine and the rain», (*Middlemarch* 516), se encuentra aprisionada «in the dark closet of his verbal memory». La casa se percibe como una tumba (516) y los manuscritos de Casaubon, «shattered mummies» (519), «a lifeless embalment of knowledge» (229). Estas mismas imágenes las recoge Edith Wharton en «The Angel at the Grave» donde la biblioteca acaba siendo una tumba y los escritos del abuelo, «effigies of dead ideas» («Angel» 253). En «The Angel at the Grave» parece claro que Wharton se inspira en George Eliot para ofrecer una réplica trágica a ese modelo de mujer que dona su vida en aras a una ideas ajenas. Pauline se perfila así como una Antígona moderna, una mujer valerosa y solitaria cuyo acto de lealtad es invariablemente suicida. Como en tantas obras de Eliot y Wharton, encontramos aquí el familiar conflicto entre las aspiraciones de la heroína y la textura social. La tensión entre el deseo y la realidad exterior

pone de manifiesto las contradicciones de una cultura que animaba a las mujeres a adoptar el sacrificio como uno de los pocos caminos legítimos de altruismo y expresión personal.

Sin embargo, no es sólo el potencial redentor del autosacrificio femenino lo que se pone en duda. El hecho de que las obras de Casaubon y del Doctor Anson sean algo sin valor parece ser una forma de decretar simbólicamente el carácter fraudulento de la cultura patriarcal. En este sentido, resulta representativo que Edith Wharton haya escogido el pensamiento trascendentalista como blanco de su escepticismo ante una tradición cultural de corte masculino e individualista. El mundo académico y los «grandes personajes» están tratados con una jocosidad maliciosa. El Dr. Orestes Anson, tan majestuoso en su pedestal metafísico, es puertas adentro un personaje pretencioso con una jerga ridícula. Desde sus frases huecas y pomposas, hasta «the guttural cluck that started the wheels of speech («Angel» 1.173), Orestes Anson es, al igual que Casaubon, un retrato subversivo de autoridad patriarcal, pues, como la propia Eliot escribe, «even Milton, looking for his portrait in a spoon, must submit to having the facial angle of a bumpkin» (*Middlemarch* p. 110). Para Gilbert y Gubar, Casaubon tiene precisamente el aspecto de un Milton disminuido y degradado, a quien asocian con el clero británico, con Grecia, Roma y los textos clásicos, en breve, con la cultura androcéntrica occidental⁶. Connotaciones similares podemos extraer de Orestes Anson, en cuyo entorno podemos leer igualmente los signos de una autoridad obsoleta y en bancarota: «the dust piled about the mute lips of the Sphinx» («Angel» 1178), «the bare desk, the yellowing tomes» («Angel» 1.174).

Una interpretación paralela nos sugieren sus escritos. Gilbert y Gubar ya han señalado cómo la obra inédita de Casaubon, *The Key to All Mythologies*, simboliza el peligroso y baldío intento de subordinar la riqueza de una cultura plural a un principio exclusivo⁷. Se trata, pues, de un trabajo egocéntrico y etnocéntrico desde el que se perpetúa una genealogía jerárquica y falsamente lineal. En este sentido, el manuscrito de Orestes, *the Amphioxus*, parece ser un reflejo humorístico, no sólo de las expectativas pedantes de Casaubon, sino también de las de Tertius Lydgate en su búsqueda «de la llave de la vida». El «amphioxus» de Orestes —«a cartilaginous vertebral column» («Angel» 1.181), una especie de animal compendio de todos los seres vivos— se asemeja de manera oscura y divertida a los tejidos primarios de Lydgate, «from which life begins» (*Middlemarch* 150). La llave que supuestamente abre la fama definitiva de Orestes se halla pues inextricablemente unida a esas otras «llaves» de Casaubon y Lydgate. Y la obsesión de

⁶ Sandra Gilbert y Susan Gubar, *The Madwoman in the Attic. The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination* (New Haven: Yale University Press, 1979), pp. 500-501.

⁷ Susan Gilbert and Sandra Gubar, *The Madwoman in the Attic*, p. 502.

los tres hombres por determinar el origen no es sino un ejemplo más del carácter reductivo de una cultura apresada —como diría Borges en un círculo tautológico de principios a punto de comenzar.

El hecho de que las vidas de Dorothea y Pauline giren en torno a distintas jerarquías masculinas vuelve a confirmar la crítica a los planteamientos misóginos de la época. Mientras maridos, cuñados y editores controlan la vida exterior, la mujer, en la casa, permanece en la sombra. La casa ya no es el ámbito sacro donde la mujer ejerce su influjo beneficioso sino la celda cerrada, fría e inhóspita donde ésta languidece y se marchita como en un gélido panteón. Esto se hace patente en ambas obras, donde «the inhospitable hearth» («Angel» 254) o «the forbiddingly cold library» (*Middlemarch* 307) nos remiten a una visión que tiene toda la frialdad del rigor mortis. La impresión de claustrofobia de sus heroínas, su sensación de estar enterradas en una casa llena de ideas muertas, despedaza la imagen ideal del arquetipo femenino y nos remite a una visión donde hacer guardia frente al umbral patriarcal no es elegir la vida sino optar por un aislamiento aniquilador.

Agradecimientos

Me gustaría agradecer al Ministerio de Educación y Ciencia una beca de investigación en la Universidad de Princeton, y también a la Doctora Pilar Hidalgo, cuyas sugerencias en gran medida han hecho posible este trabajo.

